

La verdad o la amistad

La biografía "Cheever. Una vida", de Blake Bailey (Duomo), da buena cuenta de las relaciones del autor de "La geometría del amor" con sus editores. Ello lleva a Valerie Miles, editora a la sazón de la obra, a reflexionar sobre su profesión a ambos lados del Atlántico. **texto VALERIE MILES**

Antes de ser editora, antes de que existiera el correo electrónico, recibí una carta de George Plimpton en la que me pidió una entrevista a Camilo José Cela para la serie *The Art of Fiction* de *The Paris Review*. Fue una entrevista larga y divertida, ya que al octogenario Cela aún le encantaba coquetear. Aproveché para preguntarle sobre su relación con sus editores, pues ya había comenzado a darme cuenta de las diferencias entre las tradiciones editoriales de Estados Unidos y España. Cela afirmó rotundo que si un editor se hubiera atrevido a proponer cambios a uno de sus textos lo habría "arrojado por la ventana" para después dirigirse a la acera de enfrente para contratar a otro editor. Le parecía una falta de respeto que un editor sugiriera cambios.

En la tradición anglosajona, la noción de respeto editorial es justamente la contraria. La labor del editor consiste en trabajar con el escritor durante el proceso de composición de una obra como necesario contrapunto, desde el exterior del proceso creativo, ayudando a reducir la distancia que media entre las intenciones del autor y sus logros. Es un experto en la forma, en la estructura, en aspectos como el punto de vista, la caracterización de los personajes, el ritmo narrativo, con un interés profundo y entusiasmo estimulante en la obra del autor. Un buen editor es el primer lector, el más perspicaz. Alguien que dice la verdad.

Cuando aquel número se publicó, me encontraba en una librería parisina con Richard Ford (verano de 1996) y compramos un ejemplar. Comentamos las discrepancias entre editores y escritores. En aquel entonces, él publicaba en Knopf y su editor era Gary Fisketjon. Años más tarde cambió al grupo HarperCollins, en Ecco, donde trabaja con Dan Halpern, de quien Paul Bowles me habló en tono soñador una tarde en Tánger hace ya muchas lunas, cuando Dan todavía dirigía la revista de poesía *Antaeus*.

Alcoholismo y negativas

Cheever había seguido justo el camino opuesto que Ford: había trabajado en Harper con Frances Lindley, sin cuyos esfuerzos *El escándalo de los Wapshot*, según el propio Cheever, "habría languidecido hasta perecer sin que nadie se enterara", y se fue a Knopf para publicar con el joven Robert Gottlieb. Cheever explicó que "suelo tener una pesadilla en la que me veo empujando un carrito de supermercado por la calle River -macarrones y embutidos- y acabo atropellado por el Daimler

de Roth u obligado a tirarme al suelo por la nueva máquina voladora de Updike". Además del dinero, también se debió a los excesivos cambios en la estructura de Harper: "Tenía la impresión de que la empresa que yo conocía había desaparecido".

Me reuní con Richard Ford de nuevo este verano y visitamos el edificio de Scribner en Nueva York, donde guardamos un reverente minuto de silencio por la magnitud simbólica que el lugar tiene en la historia de la edición estadounidense. Ésta fue casa del editor Maxwell Perkins, que descubrió y protegió a Hemingway y Wolfe, entre otros. Perkins fue amigo y editor de Fitzgerald hasta el final de su breve vida,

a pesar de sus despilfarros y alcoholismo, y le adelantó dinero, le prestó de su bolsillo y alentó a este inestable escritor de todas las maneras posibles.

Tampoco el alcoholismo de Cheever fue fácil de tolerar para sus editores. La biografía de Blake Bailey muestra muchos detalles de su relaciones y, en el prólogo a sus *Cuentos*, Cheever escribe sobre ellos: "Harold Ross, Gus Lobrano y William Maxwell me dieron valiosos regalos: el discernimiento y la sensibilidad de sus lecturas y el dinero suficiente para ocuparme de mi familia y comprar un traje nuevo cada dos años".

William Maxwell y Cheever se distanciaron a partir de que aquél rechazara el cuento *La geometría del amor*, aunque Cheever reconoció la labor de Maxwell en la redacción de *La crónica de los Wapshot*: "A veces me pregunto si Bill se da cuenta de su importancia. Siempre escribimos para alguien y buena parte de ella la escribí para Bill". Cheever recibió el Premio Nacional en 1958 por esa novela y Maxwell fue miembro

del jurado. Según Ben Cheever, "Se llevaban extraordinariamente bien. Pero si eres un escritor que pretende ocuparse de su familia y le envías un cuento a tu editor y éste lo rechaza, la amistad se resiente". Como editora, yo habría defendido a Maxwell: en ello reside la amistad verdadera, en decir la verdad.

"Dijo que me aprecia -escribió Cheever sobre Maxwell poco después del rechazo de *La geometría del amor*. Pero ya he dicho a menudo que confundía el poder con el afecto, y el hecho de que ahora no tenga ninguno puede ser un motivo para la frialdad". Según la biografía de Bailey, "en los años siguientes, no obstante, habría un montón de ocasiones en las que Cheever echaría de menos la profundidad, la discreción y la generosidad de Maxwell: e incluso su antiguo poder, que le daba a un hombre tímido la oportunidad de hablar con franqueza; y a fin de cuentas (admitía Cheever) no había un crítico mejor". ■



Un buen editor es el primer lector, el más perspicaz. Alguien que dice la verdad.